

## 5. *IDAHO POTATO. UNA HISTORIA DE CROACIA. LA HISTORIA DE UN PAÍS QUE DEJÓ DE EXISTIR*

*José María Ortiz de Orruño*

Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea

Durante mucho tiempo Yugoslavia, que literalmente significa el país de los eslavos del sur, se presentó como un Estado plurinacional y multicultural modélico, que a través de la autogestión obrera había iniciado una vía original hacia el socialismo. Pero hoy sabemos que aquel país nunca existió, y que los eslavos del sur han pagado un precio demasiado caro por aquel artificio.

### 5.1. **Los orígenes de Yugoslavia**

El Reino de los serbios, croatas y eslovenos surgió al término de la I Guerra Mundial con la incorporación a Serbia de territorios procedentes de los imperios austro-húngaro y turco, desmembrados tras la derrota. Nació oficialmente el 1 de diciembre de 1918 como una monarquía parlamentaria, vinculada a la dinastía de los Karagjorgjevic y con capital en Belgrado. Para consolidarse el nuevo Estado debía difundir una moderna conciencia nacional compatible con la pluriétnicidad de sus ciudadanos y unificar espacios económicos que hasta entonces habían tenido diferentes sistemas monetarios, aduaneros y de transporte.

El nuevo Reino era un verdadero muestrario étnico: los serbios representaban el 46%, los croatas el 30% y el resto, casi una cuarta parte de la población, estaba formado por eslovenos, montenegrinos, bosnios, rutenos, húngaros, albaneses, judíos y gitanos. Cada grupo tenía sus propias tradiciones culturales aunque existían tres idiomas mayoritarios (el esloveno al norte, el macedonio al sur y el serbo-croata), dos alfabetos (cirílico y latino) y tres confesiones religiosas (católicos ortodoxos, católicos romanos y musulmanes). Tan caleidoscópica mezcla era el resultado de las diferentes influencias culturales, sedimentadas en esta región a caballo entre Europa continental y Asia Menor a lo largo de los siglos. Si en la Antigüedad los Balcanes habían marcado el límite entre Oriente y Occidente, entre Roma y Bizancio, desde finales de la Edad Media habían sido frontera entre cristianos y turcos.



En la difícil coyuntura de posguerra articular una conciencia y una economía verdaderamente nacionales constituían un reto excesivo para un país muy pobre. Sin

tradición democrática ni una clase media urbana capaz de vertebrarlo políticamente, el Reino de serbios, croatas y eslovenos se vio sacudido por una serie de acontecimientos dramáticos. Los federalistas se sintieron defraudados por la constitución de 1921, que estableció un modelo centralista poco sensible a los particularismos étnico-culturales. El absoluto predominio de los serbios en la administración estatal les pareció además una provocación. La violencia política, que alcanzó cotas verdaderamente espectaculares, provocó algunas situaciones esperpénticas: Stefan Radic, líder del nacionalismo croata moderado, fue tiroteado en plena sesión parlamentaria por un diputado de la mayoría gubernamental (20 de junio de 1928). Ese episodio acabó con el régimen parlamentario y puso fin a la colaboración entre serbios y croatas. El 5 de enero de 1929 Alejandro I estableció una dictadura personal aún más centralista y pro-serbia, y cambió el nombre oficial del país por el de Reino de Yugoslavia. Fue la coartada perfecta para los nacionalistas croatas más radicales que, afiliados a la organización clandestina *ustachi* (sublevación) dirigida por Ante Pavelic, le asesinaron el 9 de octubre de 1934.

Si en el terreno diplomático Alejandro era partidario de la alianza con Francia para frenar las ambiciones territoriales italianas, húngaras y búlgaras a costa de Yugoslavia, su sucesor, el regente Pablo, trató de entenderse con sus vecinos. Pero sin éxito. Una extraña combinación de tensiones internas y presiones exteriores astutamente atizadas por Hitler provocaron la desintegración de Yugoslavia: el 6 de marzo de 1941 las *panzerdivisionen* atacaron Belgrado, el 17 capituló el ejército regular y se embarcaron para su exilio londinense el rey y sus ministros. Bajo la dominación de la Alemania nazi se crearon tres Estados títeres: Serbia, Montenegro y Croacia. En este último los ultranacionalistas de Ante Pavelic, que

llegó acompañando a las tropas de Mussolini, pusieron en marcha auténticas campañas de «limpieza étnica» que provocaron cientos de miles de muertos.

## 5.2. La Yugoslavia de Tito

La capitulación del ejército regular no supuso el fin de las hostilidades. La invasión nazi fue contestada por una activa resistencia partisana que daría origen a la nueva Yugoslavia. Dos fueron los núcleos más activos: los nacionalistas monárquicos *chetnik* ( antiguo nombre de los campesinos serbios contrarios a la dominación turca) y los comunistas de Tito. Ambos grupos acabaron enfrentados entre sí por diferencias políticas e ideológicas. De la pugna salieron victoriosos los comunistas que, en el otoño de 1944, liberaron Belgrado. A la victoria militar, los comunistas añadieron también la victoria política. El Comité Nacional de Liberación, que desde finales de 1943 funcionaba como gobierno provisional de Tito, convocó elecciones constituyentes al término de la contienda. Los comunistas del Frente Popular obtuvieron una amplísima mayoría en la Asamblea Nacional y proclamaron la República Federal y Socialista de Yugoslavia.

La reconstrucción política y nacional de posguerra corrió a cargo de la Liga de los Comunistas Yugoslavos (LCY). Su secretario general era el mariscal Josip Broz Tito, el jefe del ejército popular que liberó a su país de los nazis. En apariencia al menos, la LCY fue ideológicamente flexible, socialmente representativa y nada proclive a plegarse a las directrices de Stalin, y Tito el hombre del equilibrio entre fracciones. Su liderazgo carismático fue la principal fuente de legitimidad en la Yugoslavia socialista. La ruptura en 1948 entre Belgrado y Moscú evitó la implantación del rígido modelo estalinista (cen-

tralización política, rusificación forzosa, planificación centralizada de la economía, etc) en el país balcánico, cuya singularidad dentro del bloque socialista venía dada por su estructura federal, su independencia en política exterior y su concepto de autogestión obrera.

Por su origen croata, Tito tenía una especial sensibilidad hacia las minorías nacionales. Sabía que las rivalidades nacionalistas habían arruinado la monarquía y no estaba dispuesto a cometer el mismo error. Por eso optó por una estructura federal, con un grado de autonomía política muy elevado para las distintas repúblicas. La constitución de 1946 reconoció la existencia de seis naciones o repúblicas –Eslovenia, Croacia, Bosnia/Herzegovina, Macedonia y Serbia– y, además, desde 1974 se admitió también la existencia de dos provincias autónomas –Kosovo y Vojvodina– en el interior de Serbia. Precisamente ese «revisionismo nacionalista» condujo a la ruptura con la URSS. Aunque tras la muerte de Stalin (1953) mejoraron las relaciones con Moscú, Yugoslavia nunca perteneció al Pacto de Varsovia. En política internacional Belgado proclamó su neutralidad, abogó por el entendimiento entre los bloques para garantizar la paz y la seguridad colectivas, y patrocinó la I Conferencia de Países No Alineados (1961). La originalidad yugoslava también afectó a la organización económica. Como en los demás países socialistas se decretó la supresión de la propiedad privada, la nacionalización de los medios de producción y la industrialización acelerada del país impulsada por el Estado. Pero a diferencia del modelo soviético, se abandonó el sistema de planificación centralizada. Las empresas asumieron directamente la dirección del proceso productivo a través de sus respectivos consejos obreros, que podían nombrar incluso el personal directivo de la fábrica y firmar acuerdos comerciales con otros países. Era la versión balcánica del «socialismo de mercado».



A comienzos de los años setenta pocos discutían el éxito del modelo yugoslavo. Aunque el sistema político tenía las características propias de las dictaduras socialistas (culto a la personalidad, partido único, burocratización...), aparentemente ofrecía mayores cotas de discusión interna, tolerancia ideológica y participación ciudadana. Por otro lado, Yugoslavia estaba presente en los foros internacionales más relevantes. Pero los dirigentes balcánicos estaban especialmente orgullosos de su modelo económico: el país se había industrializado, su economía estaba relativamente integrada a escala mundial y el nivel de vida de la población era muy superior a la media del bloque soviético. Pero muy pocos sabían que tanto la industrialización como el comercio exterior se habían financiado con créditos occidentales, que de esa forma mantenían alejada a Yugoslavia de la URSS. Además, la industrialización fue tan rápida como desigual y el distinto grado de desarrollo regional desató la rivalidad entre las repúblicas ricas del norte (Croacia y Eslovenia) y las más pobres y atrasadas del sur (Serbia y Macedonia).

Quienes conocían de verdad la situación interna de Yugoslavia se preguntaban si tras la muerte de Tito (1980) el país sería capaz de superar las fuertes tensiones internas: una tasa de paro superior al 15%, una inflación galopante por encima del 2.500%, una deuda exterior aplastante (que sólo el pago de intereses absorbía el 14% del PIB), revueltas nacionalistas en Kosovo (1981)...

### 5.3. Croacia: entre el melodrama y la tragedia

Sobre ese telón de fondo transcurre la película de Krsto Papic. A través de la historia de una humilde familia católica, este director refleja las vicisitudes de su país desde la *primavera de Zagreb* (1971); es decir, desde la frustrada experiencia de renovación cultural alentada por la organización estudiantil Matica Hrvatska, que luego sería brutalmente reprimida por Tito, hasta la independencia de Croacia (1991). Precisamente la militancia nacionalista del hijo mayor de los Baric, que debe exiliarse clandestinamente para escapar a la policía, cambia la vida de toda la familia. El padre es represaliado por el régimen, pierde su modesto empleo en los ferrocarriles estatales y tiene que irse a Zagreb, en compañía de su mujer y de su hijo pequeño (Iván). Posteriormente será uno de los cientos de miles de emigrantes yugoslavos que buscarán trabajo en Alemania. En Munich volverá a abrazar a su hijo mayor, que para entonces es un periodista famoso y que poco después será asesinado en la capital bávara por los servicios secretos yugoslavos. Pero el verdadero protagonista de la película es el pequeño Iván, un muchacho que sueña con ser una estrella del rock. Le da la réplica Marina, su compañera de colegio, hija del jefe local de policía.

Iván y Marina simbolizan las distintas fracturas que atraviesan la sociedad yugoslava (o croata). Él proviene

de una familia católica, disidente y está fascinado por la música pop; ella es atea, hija de un *aparatchick* y toca el violonchelo. Representan dos mundos completamente distintos, opuestos incluso, pero que pueden reconciliarse a través del amor. Ese es el mensaje positivo que pretende transmitir la película y que, desgraciadamente, el tiempo no ha confirmado.

El director Krsto Papic, que también es coautor del guión, se dio a conocer internacionalmente en 1992 con *Idaho potato: una historia de Croacia*. Extraño y desenfadado título para una película sobre el conflicto yugoslavo rodada con muy pocos medios y en unas circunstancias verdaderamente dramáticas. Seguramente por eso y por su optimismo radical, más que por sus aciertos estéticos, fue galardonada a nivel internacional con algunos premios menores. Desde el punto de vista estilístico se trata de un melodrama que combina el musical, la comedia romántica y la crítica política. Todo ello adobado con unas gotas de humor, buenas dosis de sentimentalismo y alguna que otra truculencia (sobre todo en la segunda mitad del filme). Si en la versión más clásica de Romeo y Julieta la pasión de los jóvenes amantes desencadena la tragedia al chocar con la rivalidad de sus respectivas familias, en este *remake* el amor de Iván y Marina posibilita la reconciliación de dos familias trágicamente enfrentadas por diferencias políticas y religiosas.

Mientras la vida de los dos jóvenes amantes está tratada en clave de comedia, el personaje del padre roza la tragedia. Represaliado por el régimen debido a la disidencia del hijo mayor, vive amedrentado, incapaz de controlar su propio destino y pendiente siempre de los certificados de buena conducta. Por dos veces perdió al hijo mayor: la primera cuando el joven estudiante tuvo que exiliarse; la segunda y definitiva cuando la policía alemana le mostró el cuerpo acribillado del peridista disidente.



Era un crimen de estado que la justicia comunista no se iba a tomar siquiera la molestia de investigar; pero, y esta cruel ironía dejará perplejo al contenido Luke Baric, el crimen tampoco será investigado por la justicia de la Croacia independiente, que ha heredado un buen número de funcionarios procedentes de la extinta república federada de Croacia. Como el padre de Marina, que acabará casando con Iván. La escena final con las dos familias reunidas, comiendo en silencio y resignadamente en torno a una misma mesa quiere ser un rayo de esperanza para una sociedad desgarrada. Pero vista hoy, después de los horrores de la guerra de Yugoslavia, parece un negro presagio de lo que estaba por venir.

### **Ficha técnico-artística:**

Título original: *Idaho Potato*. Productor: Nihola Babic para Urania Films (Croacia, 1992). Guionista: Krsto Papic y Mate Matic. Director: Krsto Papic. Intérpretes: Ivo Gregurevic (Luke Baric), Robert Belinic (Iván Baric a los doce años), Mustaga Nadaveric (Andrija Matic), Ana Mamic (Marina Matic a los 12 años), Kristijan Ugrina (Iván Baric a los 20 años), Zoja Odak (María Baric), Maja Ruzij (Marina Matic a los 20 años), Dragan Desport (Ilija Baric), Vedrana Medimorec (Mrs. Matic). Música: Urban Koder. Fotografía: Vjeshoslav Vrdoljak. Montaje: Robert Lisjak. Duración: 99 minutos. Género: Drama. Premios principales: Medallón de Oro en el Festival de Giffoni de 1993; Premio CIFEJ en el Festival de la Infancia y Juventud de Frankfurt de 1993.

